

Otras memorias jesuíticas de la Restauración

JOSE M. CUENCA TORIBIO

Universidad de Córdoba

No obstante su pedestrismo y ramplonería, sus solecismos y torturas sintácticas, los breves apuntes biográficos del sacerdote jesuita Francisco Segura constituyen una pieza nada despreciable para el análisis de diversas vertientes de la Iglesia española decimonónica finisecular; especialmente, en torno a las escisiones partidistas que lastraron su rumbo hacia horizontes creadores y fecundos. También lo son, por extensión, para el conocimiento de la dinámica política de la primera fase de la I Restauración. Dicho esto, bueno será que continuemos en el camino real fijado por las preceptivas ortodoxas en orden a la presentación y glosa de un texto, que aquí serán muy escuetas. Pues lo interesante, en la ocasión, será el documento y no el escolio o la paráfrasis.

Vizcaíno de rancia prosapia, hijo de hacendados rurales, receptor de una cultura tradicional, la infancia de Francisco Segura transcurrió en un ambiente recio y alegre, sin traumas ni fracturas. Chico simpático y travieso, deportista empedernido, su vocación religiosa —hasta donde nos es posible penetrar en una decisión de tal índole— parece muy conformada por las circunstancias ambientales. Todo este capítulo de su vida importa al hombre y a un presunto biógrafo. Para la historia su relato comienza a cobrar interés con la descripción de los días vividos en el noviciado que la Compañía de Jesús tenía en el Puerto de Santa María en los años finales del reinado de Isabel II. El estallido de la Septembrina en la bahía gaditana está recogido con un pincel espontáneo. Las escenas de ingenuo anticlericalismo; el sólido afianzamiento que el tradiciona-



lismo tenía en algunas familias adineradas de la zona; la primacía siempre de los valores burgueses, incluso en pleno clímax de la revolución, son notas muy peraltadas en estas breves memorias, escritas sin afeites y a la buena de Dios.

La trashumancia de unos jóvenes novicios jesuitas en la España de los primeros meses de la «Gloriosa» tiene igualmente en el mencionado documento viñeta muy ilustrativa de la intolerancia y el fanatismo nacionales, entonces coloreados de rojo como antes y después lo serían de negro. La estancia francesa de este grupo de exiliados se reconstruye con cierta gracia y valor testimonial. Las referencias a los Padres españoles que acompañaban a esta gavilla de muchachos nos introducirán igualmente en el gran tema historiográfico de estos recuerdos. Todos estos jesuitas eran decididos partidarios del llamado, en aquel entonces, neocatolicismo. Pero antes de que entremos en dicho terreno para atravesarlo muy apresuradamente, es menester que entonemos un amortiguado canto nostálgico a los pobres carlistas de filas que padecieron con dignidad un duro exilio en las tierras del sur de Francia, donde nuestro personaje los vio «hambrientos y desnudos, pero de gloria llenos»... Pronto serían reemplazados por otros españoles de distinta ideología, pero de igual si no idéntica entereza. Comprendemos bien que su espectáculo impresionara a un muchacho muy sensible y caritativo, consolidando en él el desprecio a unas ideas y a unos hombres que había oído denostar desde los días de su niñez.

Se calmaron los remolinos, se distendieron los ánimos y la Compañía de Jesús volvió a tender su red en España. Deusto sería ahora, con un corto párrafo salmantino, el lugar de inserción del joven Segura en la comunidad jesuítica. En los comienzos de aquella Universidad, allí pasó tres años provechosos para la conformación de su modelo político y de sus afanes pastorales. Aquí es ya todo interesante y sería mejor suprimir el intermediario entre el lector y el documento. Pocas veces se habrá trazado con pluma más suelta y detallista el alineamiento de los sectores mayoritarios de la orden ignaciana en el carlismo y de los sinsabores y antagonismos que en ellos introdujo la escisión integrista... Sólo la hostilidad externa, la inquebrantable adhesión al espíritu de la Compañía y las normas disciplinares que entonces regían en la Iglesia impidieron que aquella se quebrase por mor de las filias y fobias partidistas.

Francisco Segura fue un nocedalista sin mancha ni tacha. Muñidor electoral de D. Ramón, defendió a capa y espada su postura, valiéndole su ardida incondicionalidad, dentro de las mejores esencias jesuíticas, un traslado a Salamanca, lugar donde viviría quizá el período capital de su biografía. En la Roma española sus doctrinas políticas alcanzaron el grado de la incandescencia, alentadas por el soplo de un clima ideológico tan denso como enrarecido. Ante el lector desfilan personajes de gran relieve en las huestes del tradicionalismo finisecular, así eclesiástico como civil. Por alguna confidencia y pormenor descrito por

Segura comprobamos la exactitud de recuerdos infantiles del recientemente fallecido José M.^a Gil Robles, al hablar del disentiendo de su padre del integrismo, de su vuelta a la «vieja mansión» que habría de abandonar con posterioridad por su oposición a la figura y obra del Carlos VII de Loredan. Verá asimismo, en una escena del mejor trogloditismo hispánico, al futuro prelado de una diócesis y acérrimo defensor, días adelante. Y tendrá la oportunidad de observar algunos episodios en los que el protagonismo corresponde a otra figura destacada de la jerarquía episcopal finisecular, de cuyo antijesuitismo se hacían lenguas los ambientes más ultras de la época. El P. Cámara, que es de quien hablamos, ocupa, en efecto, un lugar de continua alusión y referencia en la parte ya final de estas sucintas memorias, objeto hoy ya de concienzudo estudio por parte del investigador Miguel Angel Orcasitas, a cuya excelente tesis doctoral nos permitimos remitir al interesado en una profundización de su figura y, sobre todo, de su postura ante los jesuitas en la Salamanca que por aquellas mismas fechas iba a hechizar al coterráneo del P. Segura, Miguel de Unamuno y Jugo.

Las continuas escaramuzas entre católicos liberales e integristas, alfonsinos y carlistas, la reciprocidad de anatemas, la idéntica inoperancia de unos y otros, la multiplicidad de desgarramientos y divisiones no puede por menos de depositar en el camino del estudioso actual la idea de un mundo agotado, sin capacidad de respuesta para los verdaderos problemas e inquietudes de su tiempo. Todas las energías que se encauzaran por la dirección de la dialéctica política conducían a una vía muerta, y al decalaje cada día más ostensible entre las fuerzas dinámicas de la sociedad española y las fosilizadas de un catolicismo que había perdido la aguja de marear. Para nosotros el proceso es meridianamente claro. Cuesta, sin embargo, trabajo creer que los contemporáneos no tuvieran al menos la intuición de estar machacando en hierro frío. Ciertamente, España no fue un caso aislado. Pero en Italia y en Francia los resultados del antagonismo entre los núcleos confesionales fueron menos infecundos y sus causas más justificadas. Esta es quizá la moraleja más aleccionadora —y desoladora— que se extrae de los apuntes autobiográficos del P. Segura. Terminan éstos con unas páginas sin desperdicio. El caciquismo electoral eclesiástico, los intentos de aproximación entre los sectores ultras y republicanos que preludiaban ya los cercanos días de la Solidaridad catalana, la completa pérdida de timón por parte de una jerarquía cuya politización rivalizaba con su ceguera, se perfilan con caracteres muy reveladores en una provincia donde se cocía buena parte del pan doctrinado que alimentaba a la cristiandad española. No faltarán tampoco en estas líneas finales sabrosos detalles sobre la fauna política del momento y las intrigas clericales. El gusto final es ácido. Todo da impresión de mezquindad, de irresponsabilidad, de miopía. Compruébelo el lector ¹.



MEMORIAS

A.M.D.G.

1/ Según testimonio de Pedro Regalado Segura (el de Legazpia) era yo en Oñate un pequeño (alzendum) (frase suya) muy amigo de reñir, y aún de meterme con mayores. Dice a todas horas P.R. a sus hijos y hijas en Legazpia, que ninguno de mis compañeros podía conmigo. Por muy atrevido me pasaron varios trances graves; p. ej.: en el juego de pelota de Oñate, estando los chicos jugando en la derecha, se nos fue la pelota adonde jugaban a guante grandes jugadores, y habiéndome yo metido a coger nuestra pelota, fue la pelota de ellos hacia el punto a donde yo iba y me dio un guantazo que me tuvo en cama muchos días. Otra vez por análogo suceso recibí un pelotazo que me derribó en tierra, teniéndome que llevar a casa como en camilla, etc.

Tenía a gala el estar de frente a los jugadores sentado en el suelo, arrimado al frontón. Esto en Oñate no nos lo consentían de ordinario; en Azpeitia era más usual.

2/ Mis hermanas Prudencia y Joaquina contaban muchas travesuras más singulares, y Joaquina entretiene a sus amigas con otras que hacen reír. Entre otras cuenta una hazaña de que me acuerdo muy bien. Me regalaron un traje muy elegante con sombrero y todo. A mí me gustaba más andar de blusa y alpargata con mis compañeros; o a lo menos como ellos (más tarde me dio por sacarme la raya, etc.). Qué trabajo para mí el lograr que me pusiera lo regalado! Un domingo al anochecer hubo un incendio formidable que consumió tres casas hacia la parroquia. ¿Qué hice yo? Fui a casa, me mudé el traje (era el elegante), tomé el traje entero, incluso el sombrero, fui al lugar del incendio y a las llamas se lo dí a devorar. Algunas personas testificaban que había arrojado un bulto en las muy vecinas llamas. Contentísimo corría a casa y entré con aire victorioso en la sala exclamando: «ya no me hacen poner ese traje ni el sombrero», ¿pues? dijo mi madre. Yo le conté lo sucedido...

3/ El día antes de salir para Carrosa, estando por una palabra que me dijo Indupe (Perico, ¿aún después de los ejercicios andas mirando por ahí?), me tiré sobre él, dejándole muy maltrecho.

Cuando tenía catorce años, El Señor tuvo más compasión de mí. Mi santa madre, poco antes de tomar el chocolate y yo la merienda, me hacía leer la vida del Santo en el P. Croisset. Era el 4 de mayo y leí la de la conversión de S. Agustín, que me conmovió profundamente. «Madre, le dije a la mía, V. bien se parece a Sta. Mónica. Desde ahora me verá V. convertido como San Agustín». A los pocos días era el 2.º de Pentecostés, fui a Loyola, confesé y comul-

1 Cfr. CUENCA TORIBIO, J.M.: *Aproximación a la historia de la Iglesia contemporánea en España*, Madrid 1978, y «Unas memorias eclesíásticas de los tiempos de la restauración. El diario del ex jesuita P. Pereda», *Boletín de la Real Academia de Sevilla*, 8, 1980, 81-127.



gué, volví a casa, desayuné, y con otros amigos me dirigía a Loyola, a jugar primero un amarretaco y después asistir a misa. El amarretaco echamos en Catalangoa, y volvimos al juego de pelota. Como comenzada la función, nosotros continuábamos, salió astuta-

4/ mente el H. Echave y nos cogió la pelota. Yo me dirigí a la Iglesia. Al poco tiempo subió el Predicador, el anciano P. Ramón García. El sermón fue muy breve. Me gustaba e impresionaba, pero lo que atravesó mi alma de parte a parte fue la peroración. «¿Qué os detiene para imitar a San Ignacio?». Y fue enumerando brevísimamente los obstáculos y describiéndolos, cuando exclamó: os detiene la codicia de la carne, y a continuación la calificó en rasgos de vilipendio, yo hice propósito de imitar a Ignacio.

Dentro de pocos días entré en ejercicios. Estando en ellos, hacia el cuarto día me entregaron unas disciplinas de hierro. No hice uso de ellas. Mi Madre me dijo que una de las veces en que el P. Unanue, su tío carnal, le recogió a casa en tiempos de persecución, se lo había regalado.

5/ Novicio de poco más de un mes, con otros ocho novicios de primero, fui trasladado al Noviciado del Puerto. Nos llevó el P. Olano; íbamos de seglares, porque según dijeron más tarde, ya en la Congregación Provincial que terminó el 19 de Agosto, un P. (el P. Cenzano) había dado cuenta de próxima revolución, la cual en efecto estalló en Cádiz el 17 de Septiembre (La Gloriosa). Oímos el tronar de los cañones en la bahía de Cádiz el 17, a las nueve de la noche. El 18 se sublevó el Puerto de Santa María. Durante el recreo de a medio, cuando el P. Olano nos daba cuenta de lo que sucedía, entraron unos ocho Caballeros, quienes en el acto se ofrecieron al Padre para todo lo que fuera menester. Era sábado; hacia las 3 de la tarde comenzaron las confesiones de los novicios. Me llegaba a mí la vez, cuando entra el P. Carreras, que era el ayudante, y me dice a mí y a otros cuatro, a la sastrería corriendo y enseguida a la portería; nuestros respectivos trajes estaban preparados; en un instante nos mudamos y a juntarnos en la portería con un Señor, que nos llevó a su casa; mientras por las calles se oían los tiros con que los revolucionarios

6/ se apoderaban de la cárcel pública. En su casa nos tuvo unos días. Entre los refugiados en su casa había un P. Novicio, Moreno, quien usando de nuestro privilegio dispuso un altar donde celebraba. En todo seguíamos la distribución del Noviciado. El Caballero era muy católico (no tanto un hermano suyo); y éste y su padre que vinieron del campo. Estos tuvieron miedo y tuvimos que salir de aquella casa. Con harto sentimiento del muy católico D. Luis Vega, que después guerreó en el campo carlista, nos llevó al Colegio de S. Luis, en cuya entrada había guardia nacional, compuesta de los guardias marinos de los sublevados en Cádiz.

Cuando nos presentó D. Luis, con él nos acompañaban otro Caballero y un hermano Coadjutor americano (este hº del cual habla el P. Pérez en su historia

fue la providencia en todo este tiempo. Ya era de votos, pero con el debido permiso conservaba dinero propio en abundancia (pues era muy rico), cuando, pues, estos tres nos presentaron la guardia, no sé por qué pasamos delante y allí vivimos más de quince días.

7/ La casa de D. Luis era la contigua a la de D. Bartolomé Vergara, el gran héroe de aquellos días. Desde el mirador presencié como el mismo Topete introducía en los coches al P. Munar, Olano, etc. ante una enorme muchedumbre en el puerto entraron en un vapor que los llevó a Gibraltar. Los guardias marinas fueron llevados a la batalla de Alcolea y sustituidos por revolucionarios del pueblo.

Dos noches tuvimos de gran alarma.

1.º Aseguraban que a las once de la noche llegaban trescientos jerezanos feroces, y directamente se dirigirían al Colegio, donde había mucho que robar. Por de pronto estaba abarrotado con provisiones para el Curso. Pero la gente de algún orden salió al andén de la estación mirando por sí mismos, y cuando en efecto llegaron, les obligaron a pasar adelante a Cádiz. Qué noche a la puerta de la huerta para huir, sin saber adonde. En verdad que el h. me había provisto de dos centines de oro. Hacia las doce avisaron lo que había ocurrido.

2.º Estando ya en la cama, pasada la medianoche, se presentó la junta revolucionaria, convencida de que había en casa jesuitas. Entró en mi cuarto y el hermano les enseñó el traje mío y fácilmente creyeron que era un colegial que tenía lejos a mis padres. Se fueron.

8/ El P. Mon (después Ex) vestido como Marqués se presentó a los pocos días en la junta, y con su elocuencia y desparpajo y habilidad sacó los pasaportes para todos, y con ellos nos libramos de aquellos trances. Unidos en el tren con otros varios (Cristóbal Aizpuru, Guendica, etc., nos presentamos en Madrid al P. Labarta, Provincial en la Residencia de las Salesas. A algunos les despidió de la Compañía; a los demás nos remitió a Loyola para juntarnos con los novicios que habían de ir al extranjero. Como Loyola era el refugio de los de León, nos encargó el P. Provincial que Cristóbal y yo fuéramos por la noche a pasarla en nuestras respectivas casas con unos cuantos cada uno, y así lo hicimos unos veinte días. A las seis de la tarde, dejada la sotana, a casa; por la mañana temprano, a Loyola y ponernos la sotana.

Por fin nos llegó también a los novicios la hora del destierro. En la primera de las tres divisiones íbamos de seglares del P. Vicente Gómez con, un gran capote y bufanda encarnada) unos treinta, a las dos de la tarde en diligencia, yo en el cupé, desde donde me despedí últimamente de mi madre y hermana, Prudencia, que estaba al pie con muchas personas llorando.

9/ En la estación de Bayona el P. Pedroso, un caballero hermano del P. Zarrendona y algunos coadjutores nos llevaron a los coches cena abundante, sobre todo en fiambres, pan y vino. En Burdeos fuimos todos a la Residencia,

donde los Padres franceses se deshacían en obsequios de todas clases; a altas horas de la noche llegamos a la Residencia de Poitiers, donde pasamos la noche. La noche siguiente llegamos a París. ¡Qué cariñosos los Padres franceses! Ellos nos servían a la mesa y a la cabeza de ellos su Superior, el Santo Padre Olavain. Sirviéndonos éste la copa, llegó a mí y me la llenó; yo la apuré enseguida, sonrióse y segundó, y yo también, aunque poco a poco la bebí, todos rieron menos el P. Doncel que me miró con ojos severos, pero como el P. Maestro se había reído mucho...

Al día siguiente ocurrieron dos cosas de algún interés. 1.º El P. Idiría nos llevó a la Catedral, a las Tullerías, todo a pie. 2.º El Provincial (creo que lo era ya el P. Gómez) telegrafió que volviéramos a Poitiers porque ya estaban en tratos para la compra. Nos hallábamos todos en el patio de la Residencia, cuando asomándose a un balcón interior el P. Maestro exclamó: ¡Queréis ir adelante! «Adelante», respondimos con entusiasmo, adelante, a cualquiera parte.

10/ Pues esta noche, vuelta a Poitiers y allí fijos. No hubo explosión de entusiasmo. Aquella noche hacia las nueve llegó la segunda expedición; cenaron en la Residencia y en seguida todos los de la 1.ª y la segunda a Poitiers.

De nuestra estancia en Poitiers por nueve meses, tres cosas. 1.ª A los pocos días se celebraba el Triduo Solemne por la Beatificación de los Mártires del Japón. El último día por la tarde predicó el Sr. Obispo, famosísimo Pie, ya (lo sucedido con Napoleón estaba fresco) andábamos los novicios por las tribunas, aunque todas, como la Iglesia estaban repletas; reparábamos que todos volvían la mirada hacia los novicios con muestras de gran cariño; uno me dijo «petit novice espagnol?» Ouí. Le entendí porque en el trato con los P.P. Francésos había aprendido eso. ¿Qué era? Que el gran Pie en la peroración habló de los novicios españoles que acababan de llegar. Pronto nos visitó. Gozaron con su visita sobre todo los Padres novicios, Angel Gallo, Oyarzun, Mazquiaran, etcétera, recordando lo que habían leído en «La Esperanza», «El Pensamiento Español», etc., ¡Qué caricias nos hacía a los pequeñitos! Esa y otras veces nos visitó.

11/ Los de segundo año casi todos se fueron poco después a Angers.

2.º La cocina era común, pero el refectorio aparte. Así que nuestro Maestro de novicios probaba a los lectores tremendamente y con los demás hacía diabluras. A mí me hizo muchas. Contaré una. Acompañando a un P. Novicio que dijo misa en las Salesas, en el desayuno nos pusieron además dos hermosas naranjas. El P. no las tocó, pero yo cogí una y con ella me fui al P. Maestro. Se quedó con ella. Al acabarse el postre, dice el P. Maestro al sirviente, tráigales V. al H. Segura su naranja; y entre la sonrisa, la risa era general (todos lo sabían menos yo). Me la presentaron ceremoniosamente en rajitas con mucho azúcar. Me puse tan rojo de vergüenza que el P. Maestro no insistió más.

3.º Vestidos cada uno con sus trajes anduvimos tres meses, hasta que una Señora del mismo Poitiers nos trajo de París sotanas y balandranes que se fueron acomodando al talle de cada uno.

12/ La misma Sra. nos compró camas; pues dormíamos en un desván espacioso, en jergones que nosotros mismos habíamos hecho en los primeros días en que faltaba todo, Candeleros con patatas, una palangana para varios, etcétera. Cuando faltaban pocos días para abrirse Poyanne, todos los utensilios tuvieron que ser trasladados para la recepción. Como se trasladaron también las cortinas, ocurrió que un bendito comenzó a disciplinarse pero pronto resonó más la protesta del decoro de los demás.

[Falta hoja n.º 13]

14/ Al dar la vuelta a un peñasco allí situado, las aguas le arrastraron al mar adentro, empujándole más tarde ya cadáver a la playa. Era perfecto cristiano según me decía no sólo mi madre, sino también un íntimo amigo suyo, Iturbide, que murió Coadjutor en la Compañía. Sobre las ropas, había depositado el rosario, acabado sin duda de rezarlo. Gran devoto de la Compañía, hermano carnal del P. Luis Segura, y tan amigo del P. Medina, quien, según me contaba mi madre, a los pocos días de yo nacido se presentó en casa a bendecirme por encargo de mi padre, el cual se rió mucho al oír de labios del P. Medina por mí: «El pequeño jesuita, el pequeño jesuita...»

Otro hermano de mi Padre, el primogénito o mayorazgo, fue D. Francisco Segura, de conocida historia militar, capitán de Zumalacárregui y además catedrático de Vergara, gran dómine en Oñate y vascófilo, de quien habla en el prólogo de su Diccionario Hzena.

Hermano carnal de mi abuela materna era el P. Unanue, malferido en el degüello de Madrid, confesor después en Loyola de la Segunda

15/ esposa de Carlos V.

Durante la guerra, el 74, una vez que comió Carlos VII en el Refectorio de Loyola, sirvieron la mesa señoras azpeitianas y entre ellas mi madre fue la elegida para servir al Rey. Con esta ocasión, D. Carlos que había tratado de jovencito al P. Unanue en Impruch, se mostró complacido recordando palabras y acciones del P. Unanue.

En Poyanne, ¡cuántos carlistas! Unos pedían limosna, otros de Dax y Bayona, acudiendo a las veladas; cuando terminada la guerra de camino para París, se presentaron con uniforme carlista Cruz, Melgar y Castillo, qué entusiasmo y a la par qué llanto.

En Poyanne hicieron ejercicios muchos carlistas. Entre otros Iturbe el azpeitiano, D. Agustín Jáuregui los hizo, para unirse inmediatamente con Lizárraga, antiguo penitente del P. Vicente Gómez en Burgos. Más tarde le oí al

mismo D. Agustín las innumerables peripecias de la entrada de los dos. Y sin embargo tratados por algún escritor de sospechosos de traición, según dicen que fueron la facilidad de la entrada.

16/ Surgió la Unión Católica. La primera noticia la tuve yo en Salamanca cuando el 30 de Junio del ochenta nos refugiamos en Salamanca los teólogos de carrera larga (menos los de cuarto) con los profesores Luis Martín, Mendive, Villada y Ipiña. Yo le enteré del caso al P. José Vinuesa, quien exclamó «si yo hubiera quedado en el mundo, hubiera desplegado de una manera y otra la bandera católica independiente». Después fue un gran adversario porque no le parecía bastante limpia la que habían desplegado Pidal, etc. En cambio, Mendive, desde el principio sostuvo lo que sostiene en su obra teológica. La inmensa mayoría en Oña éramos partidarios de «El Siglo Futuro», en contra también de «La Fe». Sobre todo desde que Ramón Nocedal pasó una temporada en Oña y nos refería en recreo muchas cosas. En este tiempo aún Mendive cambió, si bien más adelante se declaró carlista decidido cuando llegó la ruptura entre D. Carlos y Nocedal.

17/ En Septiembre de 1889 vine a Loyola para hacer la tercera probación, siendo a la vez ayudante del Maestro de novicios (P. Casado, el ayudante a quien sucedí), así como también en el cargo de ayudante del Ministro de los Retóricos. Sólo diré algo de lo político. Había en el pueblo un sólo casino, neutral. A algunos no parecía oportuno todavía, recién pacificados los ánimos después de la guerra, levantar bandera del todo blanca. Llamé a mi cuñado Ubaldo, quien con José M.^a Aizpuru y Roque Aldai (Presidente del Casino), se presentó para el asunto de fundar un Círculo Católico de S. Ignacio. Se opuso D. Roque alegando que en Santander, con explícita aprobación del Prelado, Castro, se había fundado y con su aprobación funcionaba idéntico Casino, tan idéntico que él mismo (D. Roque) era el que había copiado para el de Azpeitia el mismo programa neutral. Al P. Olano no le parecía mal el que las cosas continuaran así por ahora. Por el contrario, el P. Casado, el P. Doncel y otros me apoyaban resueltamente. En efecto,

18/ se fundó el Círculo y con tal resultado que venidas ciertas elecciones generales triunfó Nocedal, quien encontrándonos en Loyola en el Centenario de San Ignacio, me dijo. «Ya sé que le debo a V. el Acta». «A mí no, que he vivido ausente». «Pero V. fundó el Círculo, y el Círculo con hombres como Ubaldo y otros tales son los que lo han preparado».

Y ya que he hablado de mi venida a Loyola, con tal ocasión referiré unas palabras de Nocedal. Hubo función el mismo día de S. Ignacio en Loyola; la Iglesia estaba de bote en bote; Cerca del presbiterio dos grandes grupos, el uno a la izquierda, de carlistas significados con su Jefe, D. (¿Tino?); otro a la derecha, de los principales integristas, en torno del reclinatorio y asiento dispuestos para el diputado. Toda la Comunidad en sus puestos; en las tribunas

varios prelados, entre ellos Sanz y Forés. Todo eso lo vi desde la tribuna. Bajé a la sacristía, me puse el roquete y los dos sacerdotes azpeitianos (uno Lapeitia, del nombre del otro) me dijeron: qué satisfecho estaré V. ahora.

19/ Yo les contesté a la letra: «Con más gusto subiría al patíbulo». En esto penetraba en la sacristía, con todas las de la ley, el diputado Nocedal, que acompañado de miguelotes había atravesado la Iglesia. Se acercó a mí y me besó la mano. Los dos sacerdotes que eran entusiastas suyos le repitieron escandalizados, o al menos muy espantados mis palabras. Nocedal, mirándome con ojos muy expresivos, en tono como de compasión, me dijo: Padre, yo lo entiendo muy bien. Del Sermón hablaron muy largo Acilona en «El Euscaro» y Cristóbal Botella en «El Siglo Futuro».

El Domingo 1.º del mes, en la función del Corazón de Jesús, prediqué en vascuence. Mi madre, sentada en una silla detrás del Provincial, no podía contener la risa, y yo la observaba. ¡Cuántas burlas! En Oña, un año después, el gran vascófilo Arana me increpaba, y como sus burlas no me hacían mecha (tampoco las anteriores) se desesperaban. Para remate le dije: Padre, a V.R., no le entienden su vascuence, a mí me entendieron, como que los azpeitianos se irritaron porque,

20/ dije en vascuence en el Sermón que un primer Viernes en que yo pasé temprano por Azcoitia ví mucha gente entrando en la Iglesia y saliendo de ella, y que según decían en Azpeitia no había tanta devoción al Corazón de Jesús. El P. Arana se calmó, no sé si convencido, porque era azcoitiano.

Contrastó con mi vascuence el que había empleado en el Panegírico de S. Ignacio el P. Cristóbal Aizpuru durante la función de la Parroquia; de su sermón se hacían grandes elogios y se ponderaba su vascuence.

21/ Deusto Tres años.

Sólo trataré del huracán político en el 2.º y 3.º años.

Cuando al primer año, el del 86 al 87, el de la inauguración. ¡Cuántas cosas podría recordar aquí y no leves! ¡Cuántos datos podría corregir en el gran volumen impreso que muestran en el salón de la portería! Por ejemplo, hablando de los actos públicos no hace mención de los que el primer curso y el segundo tuvieron en materia de Derecho, siendo profesor el P. (hermano entonces) García Ocaña. Tampoco se hace mención de un acto filosófico, en dos partes, 1.º Origen del hombre en seis proposiciones; y 2.ª parte, Origen de las ideas en otras seis. Asistieron muchos hombres, entre ellos varios sacerdotes y abogados. En los periódicos de Bilbao se dió cuenta del acto, en el Vasco y en el Eúscaro, sobre todo en San Sebastián, en Salamanca, donde tuvo después en las Carmelitas a una hermana suya (tan alta como él). Se hablaba con elogio desmesurado llamándome el filósofo de Oña; defendió el acto el aprovechadísimo joven José Marín, extremeño; el ex Padre Manzanedo, que tomó la palabra desde el público, y yo sostuvimos larga y animadísima polémica, de la que

escribió al día siguiente D. José Acidona extensa y fidelísimamente.

22/ Respecto a política, que es mi objetivo principal en estos recuerdos, el 1.º año de Deusto fue tranquilo. Todos los padres y hermanos, según creo, éramos partidarios de lo que representaba El Siglo Futuro. El día de San Carlos comulgaron casi todos los alumnos en calidad de carlistas, sin ofensa particular de los ocho o diez que hicieron lo mismo el día de San Ildefonso, los alfonsinos, sin que los otros lo llevaran a mal. Con toda paz, Ramón Olazabal hacía extensa propaganda con el folleto de Aparisi sobre «El Rey».

Pero llegó la tormenta. Durante aquellas vacaciones fue la ruptura. En la Universidad moraba entonces el P. José Eugenio Uriarte. Decidióse francamente contra Nocedal, del cual en Madrid había sido íntimo (Artículos suyos con su firma se hallan en la revista del Siglo Futuro; y otros escribió sin firma o con ella en el mismo periódico). Cuanto tiempo invertía en su cuarto D. José Liñán (Conde de Marina), y el día en que apareció en «El Vasco» la refutación del Manifiesto o «Pensamiento del Rey», de Llauder, nos decíamos (ve ahí), porque ayer estuvo varias horas Liñán en el cuarto del P. Uriarte.

Añádase a esto que vino de Profesor de Derecho Político el P. Felipe Echevarría, tan carlista

23/ que en calidad de profesor defendió de propósito y largamente, la legitimidad de Carlos V, estudiando a fondo lo que pasó en la última enfermedad y últimos momentos de Fernando 7.º A mayor abundamiento vino de P. Espiritual el P. Pagasarturidía, íntimo de Ramón hasta entonces; pero desde el rompimiento resuelto enemigo de Nocedal y tan carlista como cuando estuvo presente en la Junta de Vebei el 68. Los alumnos se dieron perfecta cuenta de la división reinante entre los Padres. Como nocedalistas éramos clasificados en primer término el P. Cienfuegos, y yo. El día mismo del ingreso en el segundo curso me asalta en mi cuarto Ramón Olazabal, y muy serio, a la par que muy fino, me habla así: «P. Segura, no puedo creer lo que de V. me han asegurado, mi papá tampoco ha podido creerlo. ¿Es verdad que se ha vuelto V. contra el Rey? Traigo comisión de mi papá en nombre del Rey que los P.P. de la Universidad redacten el manifiesto tan antiliberal como V.V. quieran, en la seguridad de que sin cambiar una tilde se publicará, oficialmente, como programa del partido carlista». Yo ya ves, le contesté, no soy

24/ nadie, vete al P. Cienfuegos (sé que fue a él) y al nuevo rector, P. Ipiña (a este no fue).

En su primera salida Nocedal, en son de propaganda, fue al Norte, a Bilbao, a la Universidad, acompañado de su esposa, D.ª Amalia. Fui presentado a él en el cuarto del P. Cienfuegos. Allí estaban D. Cirilo Ustara (en su casa estaban el R. y D.ª Amalia), D. Epifanio de la Gándara y D. Fernando... Por la noche, hallándonos en el saloncito de la portería, varios padres con D.R. y D., etc.) llamaron a la puerta del Colegio y entraron según nos comunicó silencio-

samente el portero, (D. Tiros Olozaba), el Conde de Santa Marina y D. Prudencio Iturrino, y llamaron al P. Echevarría Felipe, quien bajó inmediatamente, y penetraron en la otra sala. Entonces se levantó nuestra sesión, y calladamente se retiraron N. y compañía. Es increíble el empeño que tenían las dos partes en inclinar a su favor la Universidad. Un día de S. Ignacio, entre otras veces, se encontraron de frente, los unos volviendo de la Universidad a Bilbao, y los otros yendo de Bilbao a la Universidad. Fue cosa notada con edificación que en estos encuentros no buscados siempre se cruzaron saludándose sombrero en... Eran todos ellos (ilegible).

25/ No me acuerdo si fue el segundo o tercero curso cuando Nocedal representó al P. Cienfuegos que desearía ser presentado en recreo a los alumnos, entre los cuales le constaba que tenía muchos partidarios de mucha utilidad, sobre todo para el día de mañana. Me lo comunicó el P. Cienfuegos, como el más indicado para la verificación de este deseo, puesto que según él decía, y creo era verdad, gozaba ya de muchas simpatías entre los alumnos. El acto se verificó. Angel, los Zabala, los (Juanmartíneas), Marín, Sentmenat que quiso entonces adherirse, y otros le recibieron en el salón de juegos de los mayores con toda diplomacia, mientras los no adeptos, avisados por mí, jugaban a la pelota en el cobertizo contiguo.

Y así llegó el acontecimiento ruidoso del día 8 de Mayo, sin carácter ninguno, exclusivamente el de solo católico. Sé que antes de los preparativos hubo consultas con el Provincial, Martín; todos creían imprescindible el acto, proclamación de la Unidad católica, dado el ambiente ya promovido principalmente por el P. (...) en el Mensajero y Leandro (el P. Sola) y otros, todos veían los peligros, porque según escribía el P. Ipiña al P. Martín, o no hacer nada, o hacer algo propio y digno. Lo mismo pensaba el P. Martín, el cual, después de varias vacilaciones dispuso que el acto se hiciera como correspondía, dejando a la prudencia de nuestro Rector y el Prefecto de Estudios P. Valcárcel. Este por sí solo redactó un programa prospecto, en el cual, adaptando los estudios de evolución a que vivía entregado, a la historia de España, se formulaba un juicio de retroceso o cosa así, muy desfavorable a la casa de los Borbones. Ignoro quienes fueron los censores, si es que los hubo. El prospecto impreso apareció pocos días antes y confieso que me espantó. A mí me pareció insensato, me dijo después en Salamanca D. Enrique Gil Robles. D. Santiago Sebastián me preguntó quién era el autor, y al decirle yo que el P. Valcárcel, replicó: «No me extraño ni por el entendimiento que revela ni por lo extremo (...). Hubo discurso inaugural y composiciones. Lo que levantó tempestades fue el susodicho. El Gobierno del partido centralista dicen que hubiera tomado medidas radicales, si resuelta-

27/ mente no lo hubiera impedido la Reina Regente.

Al mes siguiente predicaba en los Santos Juanes el entonces P. Adrián

Manzanedo la novena del Corazón de Jesús, atacando a todo liberalismo con tal calor y entusiasmo que venían los trenes llenos de entusiastas, pues los periódicos todos hablaban de los elocuentísimos sermones del P. Manzanedo. Cuando he aquí que al volver yo de clase a mi cuarto hacia las once se presenta el P. Rector, y me espeta lo siguiente: «El P. Manzanedo acaba de decirme que está por afónico, incapacitado de predicar, y me ha indicado que V. podría sustituirle esta tarde; por mi parte le exhorto a que se anime». Sin palabra no me quedaría, y por la humillación consiguiente a la diferencia de oradores no me importa nada. Pues échese en las manos de Dios y a ello. Yo prediqué del Reinado Social de Jesucristo y aun apenas usé de la palabra liberalismo dieron en decir que en el fondo había estado aún más antiliberal.

28/ Consecuencias: Por entonces hubo Congregación Provincial. Al volver de ella el P. Ipiña me llamó: «Le había dicho, P. Segura, que V. continuaba de profesor. Sé que cambiando el programa y tratando mucho más de sistemas modernos, trataba V. de dictar una especie de texto. Pero el Provincial dispone su traslación a Salamanca, para Filosofía, o Teología, o Derecho Canónico, y encarga que vaya pronto». A los dos días a Salamanca. Veo que Dios nuestro Señor no quiere que sea autor. Pasados en Salamanca seis años explicando teología fundamental, anuncié que si me dejaban el verano para recorrer la patología de Migne, con intento de acomodar a ella las citas de S.S. Padres (en Salamanca no había tal edición), presentaría a la censura una obra de teología fundamental (donde me parecía a mí que había algo nuevo, especialmente en nociones, natural, preternatural, sobrenatural, naturaleza de inspiración; objeto indirecto de la fe, censuras, iglesia creyente, infabilidad ex Ecclesiae, Regula credendi, regula predicandi, etc. Me trasladaron a Cánones.

Después pensé en escribir Derecho Canónico, nació Calatraba.

29/ Del 89 hasta el 24 Agosto en Salamanca. Huracán perpetuo y yo por las circunstancias siempre en el (vértice).

Misericordia Domini quia non sum consumptus.

Al entrar en Salamanca fácil era notar una atmósfera cargada. Como el primer curso de Deusto vine yo al frente de los alumnos, oí lo que había dispuesto el Sr. Obispo sobre la asistencia de los Regulares a la Procesión y el efecto desastroso que le causó la ausencia de los Nuestros, quienes temían que estallara la tempestad esa misma tarde del Corpus (Qué miradas las del Obispo Cámara a las torres, a las ventanas que daban al paso de la procesión).

Sobre todo eso, que se repetía todos los años, el P. Cámara había escrito y publicado una Pastoral contra D. Mateo Gago, y el P. Gago le había replicado, si bien el Nuncio le mandó que no la publicara.

Además estaba pendiente en Roma el pleito sobre la Penitenciaría, y varios de los nuestros particularmente se habían pronunciado a favor del derrotado Tuñón.

30/ Dejando a un lado por ahora los planes del Prelado sobre enseñanza, además de lo que había publicado en su boletín, había llegado Sánchez Asensio y trataba de salir al público en «La Región». A los dos días me visitó Sánchez Asensio acompañado de Antonio y de su hermano D. Felipe (los curas de S. Martín) y me hablaron del asunto en términos tales que yo extrañado les dije: «A mí me gusta lo que V.V. van a hacer, pero yo, jesuita, no puedo contribuir en esa forma». Por fin se recogió dinero (no bastante) y el periódico se lanzó a la calle bajo la dirección de S. Asensio, teniendo de redactores además a D. Enrique Gil, D. Santiago Sebastián y de administrador Severiano Villa. En principio era el periódico valiente pero prudente. A poco tiempo comenzó Asensio a pinchar cada día en la «Chismografía», una víctima, y comenzaron las quejas. Además Asensio disponía de los ingresos a su antojo, sin dar cuenta ni a Severiano Villa. Llegaba el fin de mes y con él los llantos de Asensio. No sin expe-

31/ riencia acudía a D. Juan Sánchez del Campo, D. Juan Clairac, D. Fulgencio, etc. que habían comprado la imprenta. Asensio iba comprando más y más máquinas sin decir palabra a nadie, hasta que se repetía, cuando se agolpaban las facturas, los llantos al fin de mes. Asensio decía que todas las cantidades y limosna eran (...) de su persona. Me convencí de que no podía convencerle ni apearle. Una vez al decirle no me ha contestado D. Fulgencio, que por última vez le enviara hoy mil pesetas, le añadí, conmigo no cuente V. más para esos menesteres. Era además inútil aconsejarle en materia de crítica de personas, especialmente eclesiásticas. El P. Ipiña una noche indignado, vino a recreo con el n.º que acababa de salir (La Región salía hacia las siete noche). Si no se enmiendan se retira de casa Región.

Decía así el número de aquella noche:

«El Obispo de Madrid, Sancha, ha visitado esta tarde al Presidente Sr. Cánovas, con el objeto de pedirle permiso para defender a Cristo en el Congreso Católico Zaragozano.

Con esto (sofocaba) al P. Ipiña, el cual por otra parte era muy estimado por el Obispo; prevaleció el tono prudente y aún la tendencia a la armonía, hasta el punto de que presentados para diputado a Cortes por Sequeros D. Enrique Gil Robles, el mismo D. Primitivo, Canónigo penitenciario electo, personalmente trabajó muy activamente en Tamames en favor del integrista que le había sido hostil, y más tarde el mismo S. Obispo hacia el mediodía votó en la mesa de la plaza la candidatura del mismo Gil Robles para concejal.

Ocurrió después un ruidoso y triste suceso, la muerte impenitente del Sr. Ares, catedrático krausista, persona que por sus cualidades personales contaba con muchas amistades. El entierro civil en Durango fue concurridísimo, siendo paseado su cadáver por la gran plaza, trayectoria que no le correspondía, y conducido al cementerio civil, donde se pronunciaron muchos discursos. Este

mal ocasionó una reacción católica en Salamanca formidable, saludabilísima. La inició el mismo domingo por la tarde el P. García Frutos, que estaba dando ejercicios en la Clerecía. Yo desde la tribuna estuve presente a todo el ejercicio vespertino.

33/ El P. Frutos estuvo arrebatador y arrebató a los caballeros ejecutantes (unos cuatrocientos) hasta un grado increíble. Yo no he visto ni oído en mi vida espectáculo comparable con éste. Terminó el rosario el P., que solía hablar desde una mesa situada en el presbiterio. Después que dijo el Veni y su oración, de pie, en medio del altar, junto a la grada superior de la escalinata, con vivísimos y sentidísimos colores, descubrió el espectáculo que Salamanca (de sus títulos de católica) había dado aquella mañana. El P. García Frutos era calificado de demasiado salmantino, a lo que daba venia el hecho infaliblemente repetido en todas sus famosas inscripciones (...).

Pues aquella tarde, con voz atronadora, repetía. «Si eso es Salamanca, reniego de Salamanca». El auditorio, antes sentado, estaba ya de pié instintivamente, a mí me parecía que iba a estallar. En esto el P. dirigiéndose a ellos pregunta: «Protestáis como católicos salmantinos» Y estalló la protesta. El P. hizo varias preguntas brevísimas en esa tesitura. Las contestaciones eran «Sí, sí», pero qué frenesí de entusiasmo. Desde el día siguiente comenzó «La Región» la publicación de innumerables protestas; pero lo singular es que casi todos (ilegible).

34/ los que acompañaron al cadáver iban en las columnas, ellos mismos con sus mismas formas pidiendo perdón por el escándalo que habían dado y alardeando de católicos. Pasados algunos años, Alba, delante del mismo Asensio, Gil Robles en el cuchitril de la portería sentado al lado del H. portero, Alvaro González, nos expresaba la impresión producida en él por estas protestas. D. Alba, amigo particular de Ares, había presidido el tal entierro civil. Nunca impío, liberal de buena fe, después era totalmente nuestro. Murió santamente, yo, con el H. González, le visitaba en su hermoso palacio durante su última enfermedad. En cuanto a Ares, voy a decir dos palabras de lo muchísimo ocurrido entre los dos que podría contar. Hubo momentos en que creí que se me entregaba. Desgraciadamente no fue así. Como él era profesor oficial, y era krausista famoso (respetado por Giner de los Ríos, Salmerón y compañía) yo, profesor de Metafísica en Deusto, fácil es hacerse cargo de mi apurada situación. El P. Martín, Provincial, le conocía por lo que me compadecía.

Trabé correspondencia particular con él

35/ y me contestaba muy atento, y aún accedió a examinar a mis discípulos por el programa que yo les diera, con tal que se lo enviara a tiempo para que él pudiera preguntar por el mío. Llegado el tiempo, yo, como conocedor de Salamanca, donde había hecho dos años de mi magisterio fui designado para guiar a los de Deusto en el viaje y estancia. Mis discípulos eran más de cincuenta. No

dio ningún sobresaliente; de ahí para abajo buenas notas y dos o tres suspensos; entre ellos Perico Echeverría, listo él, pero que en el examen estuvo poco fino. Todo lo toleraba Ares, pero tocando a los Universales, a la diferencia entre el Ser potencial y el mismo ser absoluto, Unidad de sustancia y cosas, perdía los estribos. Tuvimos varias entrevistas, le pedí sus apuntes para sacar copia de ellos, me dijo que no los tenía, gran mentira, por ellos hacía clases algún tiempo Enrique Esperabé, le dije que había sacado copia de los de Tomás Redondo, contestó que eran fieles, le anuncié que iba a poner de

36/ la filosofía que acababa de salir de Mendive, le mostré como conocía su Discurso inaugural, le pregunté su futura posición filosófica, si se pasaba él también al positivismo, si se quedaba con Kant, si se había desengañado de sus aspiraciones de construir arrancando desde Kant con elementos subjetivos y objetivos, o mixtos; si no se había convencido del fin de la Analítica, tan lejos estaba de la visión del ser real, como antes y otras preguntas parecidas; pero no quiso entrar en discusión amigable, aunque bien sabido era en Salamanca que yo le era personalmente simpático. Destinado yo en Salamanca, le visité varias veces por asuntos de Deusto, y una vez con el difunto conde de Aldana, como este me lo recordaba cuando vino al Novi... Desde que cayó enfermo por dos años menudeé las visitas. Por él y porque su conversión hubiera sido de mucho efecto saludable no dejé nada de hacer por el bien de su alma. Logré que fueran viniendo a Salamanca el P. Paz y el que fue P. Suárez, ambos condiscípulos suyos en el Seminario de Palencia, entre D. (Mamés) trajimos de Madrid al que era Rector del Seminario de Palencia el 68, quien tampoco logró nada. Tres días antes de su muerte, se plantó Onís, cerrando las puertas del aposento de Ares.

37/ Mientras estuvieron unos días en Salamanca con Salmerón, otros varios prohombres republicanos, por ejemplo el Dr. Ezquerdo. Asensio en su periódico con datos fehacientes del tiempo de la República española y su fina sátira excitó tanto al público en general y le entusiasmó de tal manera que Salmerón y caterva se escaparon avergonzados. Todo lo bueno marchaba en posible prosperidad, cuando el S. Obispo salió con un periódico suyo o como suya y estableció una imprenta propia en Calatrava. Dos periódicos católicos no pueden simultáneamente vivir una próspera vida económica, dos imprentas (y había otras) tampoco. La intención, claro que buena; multiplicar los centros católicos; el resultado, funestísimo. Qué de peripecias, qué de rencillas, qué de recíprocos ataques, que de (...) situaciones para nuestros Superiores, Suscripción a los dos; pero y los trabajos, y las encuadernaciones y los carteles y los programas y dónde imprimir las obras!, ¡y eso un año y otro año! Sobrevinieron sucesivamente con separación alguno que otro suceso. Viéndose mal parado Asensio, principalmente por sus continuos ataques (Nocedal, a

Asensio y a Gil Robles) escribió varias veces inútilmente, esto que leí en uno de los suyos «Se empeñan V.V. en ir contra

38/ la Columna, y se rompen V.V. la cabeza y a mí y a los nuestros nos ponen en terribles compromisos. Viendo, pues, próximo a la ruina, viendo venir el golpe del brazo eclesiástico se preparó a caer, bien acompañado (Así se expresaba más tarde, nos dijo. Me presentó delante del Provisor integrista de Plasencia. Logró una adhesión solemne de ellos al periódico «La Región», leída la cual Cámara publicó en el Boletín Eclesiástico, una circular a todos los párrocos mandándoles que en la Misa del domingo la leyeran al pueblo cristiano, circular en la que el Obispo reprendía a dichos señores

38 (ant) Sucedió que el mismo día ocurrió un horrendo sacrilegio: el criminal se sacó de la lengua la sagrada forma mofándose, era un muchacho de veinte años, antiguo hospiciano. El deseo de público desagravio era general. El S. Obispo pensó en solemne procesión, promovida principalmente por el Apostolado de la Oración. Pero los presidentes y estado mayor del Apostolado eran los reprendidos. Todo lo arregló el presidente del Apostolado, Canónigo D. Vicente; por una parte gran amigo de la Compañía 39/ (tío del P. Vicente Santiago, operario ilustre (...)) y por otra era el confesor del S. Obispo, que estaba arrepentido de lo hecho por él y les invitaba a que acudiesen a la procesión. Acudieron más elegantes que nunca, formando con sus íntimos el núcleo más próximo al Sr. Obispo. Nunca decía la gente ha visto Salamanca procesión más concurrida. No la ví, porque durante la procesión estaba yo en la enfermería de la cárcel, con el desgraciado sacrilego, ya muy arrepentido de como se estaba, (...) la procesión, enfermó por la impresión. Ya le había confesado y le dí la Comunión, al día siguiente. De jovencito había sido ejemplar, metido después en la imprenta del hospicio, llegando a ser el (escándalo). Era naturalmente muy guapo y habilidoso.

Hubo corrientes de paz social entre los buenos. Mas los intereses encontrados y creados, a mi juicio, fueron las principales causas que se llegara al desastre final.

40/ Dos empleados del Palacio Episcopal eran penitentes míos, y a sabiendas del S. Obispo me comunicaban confidencias. El camarero me aseguró haber oído al mismo S. Obispo esta frase: «Con todo lo que va apuntando de los disparates de «La Región» habría para condenarle; pero digamos en (...) (...) recorte: de lo que vayan saliendo en el periódico y eran de semejante calidad. Se lo dije a Asensio, (...) él y temblaron los Curas de San Martín. Estos clamaban. Mucha prudencia, Asensio. Pero Asensio en (...) los envolvía entusiasmándoles. Son inmejorables, pero en esta cuerda nuestra muy benditos. Y la hora del temporal (...) y decisivo llegó. «La Región» fue prohibido.

Asensio llegó a mi cuarto, decidido a refutar la condenación. Todo mi

empeño en disuadirle fue en vano. Mientras en mi cuarto estábamos así; llamó a mi puerta Tomás Redondo, Vicesecretario, y nos vio, pero no entró. La mañana siguiente salió con el periódico refutando al S. Obispo. «Ni publicar, le decía, otro (...)» «Pues lo hago, y lo hizo». Gil Robles vino a mi cuarto, quería apelar: yo lo llevé al cuarto del P. Garrastaza. Al cuarto de hora ya tenían noticia en Palacio. No es extraño del Obispo se quejara de más.

41/ Asensio y Gil Robles quisieron acudir apelando a la Rota. Para ello se pusieron en comunicación con Montaña y Nocedal, y aún se empeñaban de que este se encargara de la apelación del periódico «La Región» ante la Rota. No llegaron a entenderse, no sé porqué no. Sé que Nocedal rehusó encargarse personalmente de dicha apelación. Me parece que entonces principió el rompimiento, sobre todo de Gil Robles y Nocedal, rompimiento que más tarde fue total, cuando Nocedal (bien enterado sobre quién era (Rey ...) por el P. Leonardo de la Rúa) atacó desde *El Siglo Futuro* al tal Rey. Gil Robles y los curas de San Martín etc., se pasaron al *Correo Español*.

A esto último contribuyó el hecho siguiente. Vino a Salamanca destinado para operario el buen P. Arraiz, carlista siempre hasta su muerte en Loyola y desde luego comenzó a procurar la reconciliación de Gil Robles con D. Carlos. Fueron a Salamanca el marqués de Cerralbo y Mella, etc. La primera noticia que yo tuve de todo esto fue por el P. Santos, porque un día, al volver de una (misa), me interpeló a solas, preguntándome así: Qué hay de las maniobras de Apraiz y Regero. No sé nada, le con 42/ testé. «Ah, bendito, V. desde que algo le avisaría de Roma». Le ha retirado de toda política y mientras tanto estos dos están metidos en ella en el sentido de volver todos a D. Carlos.

Y así llegaron los acontecimientos de la Cuestión del Mal Menor. Salió el artículo del P. Mariteriaga, en casa de los (Modesto), (...) están todos menos yo. (El P. Carrera, Montoya y Leceda), también sentían como yo, pero procedían al principio tímidamente en contra, y conformes por completo con «*El Siglo Futuro*».

Llegaron las elecciones siendo Maura el presidente, D. Juan Sánchez del Campo y (...) Nocedal. Por Salamanca se presentaron D. Juan Clairac, integrista, un maurista y un romanonista. Maura habló con Nocedal, diciendo que retiraría el candidato suyo, si D. Juan se comprometía a no sumarse en las Cortes a los catalanistas. No accedió Nocedal. Insistió Maura en que según le aseguraba el romanonista, Pérez Oliva, tenía muchas probabilidades de triunfar, y a él le molestaría mucho ese triunfo de Romanones. Nocedal contestó

43/ que el triunfo de D. Juan era seguro. En esto Maura escribió sobre el particular al obispo de Salamanca. En junta tenida en el Palacio Episcopal a que asistí por citación personal del S. Obispo (con aprobación expresa del Superior), nos leyó el S. Obispo la carta del Sr. Maura en la que le expresaba lo mismo que antes a Nocedal, y el S. Obispo finalmente se resolvió a suplicar a

D. Juan de Clairac que retirara su candidatura ya que por una parte habían hecho los integristas pacto con los catalanes y con Salmerón, y por otra parte, en Alba de Tormes, según carta que acababa de recibir del Arcipreste, casi todo se lo llevaba el romanonista. Formando parte de la Comisión (todos los presentes que calificaba en la Junta el S.O. de Notabilidades salmantinas, juzgaron que yo estaba indicado para el cargo y se lo propuso (a...) a D. Juan Clairac, añadiéndole que de retirarse él (y si no, no) se presentaría como católico y regionalista castellano el Marqués de Llera.

Rotundamente se negó D. Juan y sostuvo en efecto su candidatura, y habiéndose retirado la maurista triunfó, si bien su acta fue (...)

44 y última/ protesta por compra de votos, finalmente triunfó.

Voy a contar una entrevista íntima de D. Juan conmigo. En llegando a Salamanca vino a mi cuarto atolondrado. «Qué le pasa D. Juan». «Esta tarde me ha pasado en Medina del Campo lo siguiente: «Qué cosas ocurren en política». Al bajar del tren, bajó también un caballero, que se dirigió en seguida a mí con tanta atención y me dijo: Sr. de Clairac, no tema V. por su acta, la sacaremos adelante. «¿Sabe V. quien era ese caballero? El mismísimo Salmerón, del que yo siempre me lo había representado como el mismo (demonio)». Gran sorpresa fue la mía cuando la primera vez fui a presentarme a Nocedal en la sala del Congreso. Estaba Nocedal muy jovial y comunicativo con otros Señores y ellos de igual modo recíprocamente. ¿Sabe usted quiénes eran? D. Alejandro Mon y Romero Robledo ¡Qué novedad para mí! Pero de lo que me ha pasado esta tarde con Salmerón vengo aturdido.

Más tarde fueron a (...) D. Juan y su señora D.^a Casilda. Según ellos contaban, oyeron en los (...) esto: «Porque se guió V. por esos, Padre, y no por otros que estaban en conformidad con sus Superiores. Me enteré de esto en Salamanca».

Post-scriptum

Razones quizá nada importantes y justificativas para el lector, aunque sí para el editor de estos recuerdos, han determinado que encorsetamos en fríos y desnudos datos la trayectoria vital de su autor. Con amabilidad difícil de valorar, el diligente y meticuloso director del Archivo Histórico de Loyola, P.P. Eguillor, ha extraído de él, a nuestro requerimiento, los datos que a continuación damos, con encarecido y expreso reconocimiento a dicho sacerdote jesuita; así como al P. salesiano F. Rodríguez de Coro, quien, gentilmente, nos facilitó el original de las Memorias.

P. Pedro Segura Echeverría S.I.

Su escrito autobiográfico está en: Archivo Histórico de Loyola. Estante 5, Plúteo 4.

Nació en Azpeitia (Guipúzcoa) el 31-I-1853.

Sus padres: Angel y Vicenta.

Antes de ingresar en la Compañía estudió:

Humanidades: 2 cursos en Oñate. 1 curso en Vergara. 1 curso en Azpeitia.

Retórica: 1 curso en el Colegio de Carrión de los Condes (Palencia) de la Compañía.

Ingresó en la Compañía en Loyola el 12-VII-1868.

Según los Catálogos de la Provincia de Castilla S.I.:

- | | |
|-----------|--|
| 1869 | En Poitiers (Francia) = Noviciado de Loyola en exilio. Novicio y Estudiante de Humanidades. |
| 1870 | En Poyanne (Francia) = Casa de formación de España en exilio. Novicio y Estudiante de Humanidades. |
| 1871-1873 | Humanidades y Retórica. |
| 1874-1876 | 3 cursos de Filosofía. |
| 1877-1878 | 2 años de Magisterio en el Seminario de Salamanca. Estudios Inferiores. |
| 1879 | 3.º año de Magisterio en el Colegio del Puerto de Sta. María. Estudios Inferiores. |
| 1880 | En Poyanne: 1.º Curso de Teología. |
| 1881-1885 | En Oña (Burgos): 2.º, 3.º y 4.º de Teología, más un bienio de repaso de la Teología. |
| 1886 | En Loyola: Tercera Probación. Ayudante del Maestro de Novicios. Ministro de Juniores. |

- 1887-1889 En Deusto: Profesor de Metafísica, Derecho Natural, Religión. El 2 de febrero de 1887 hace la Profesión Solemne de Votos.
- 1890-1907 En el Seminario de Salamanca: Profesor de Teología Escolástica, Instituciones de Derecho Canónico, Cosmografía. Consultor de la Casa. Algunos ministerios.
- 1908-1911 En el Colegio y en la Residencia de Valladolid: Profesor de Teología Dogmática y Moral del Seminario de Ingleses. Operario con diversos ministerios.
- 1912-1931 Diversos ministerios en:
1912-1913: Residencia de Logroño.
1914-1916: Loyola.
1917-1918: Residencia de Salamanca.
1919-1920: Deusto.
1921-1929: Residencia de Segovia.
1930-1931: En Loyola.
- 1932-1933 Pertenece al Coetus VII = Grupo de dispersos en el Valle de Loyola. Muere en Azpeitia: 21-XI-1933.